Juana y Juanita

8

DICCIONARIO
DE
MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 39—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 115 á 117)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

JUANA Y JUANITA.

Comedia en dos actos,

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. SCRIBE,

Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. RAMON DE NAVARRETE

y D. Isidoro Gil.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 29 de Enero de 1846.



Precio.—4 rs. en Madrid é igual en las Provincias.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Enero de 1846.

PERSONAS.	ACTORES.
GERÓNIMO GOMEZ, *oficial de diamantista.*	*Don Julian Romea.*
DON CANUTO LOPEZ, *joyero.*	*Don Mariano Fernandez.*
EMILIO, *su hijo.*	*Don Antonio Alverá.*
JUANA. *Hijas de Gerónimo.*	*Doña Plácida Tablares.*
JUANITA. *Hijas de Gerónimo.*	*Doña Matilde Diez.*
LA MARQUESA DE MONTE-VERDE.	*Doña Gerónima Llorente.*
UN CRIADO.	

La escena es en Madrid.



Acto primero.

El teatro representa una guardilla: puerta en el fondo y laterales. — A la izquierda una mesita, delante de un sillon viejo. — En el tercer bastidor una ventana. — A la derecha un velador con un cesto de costura; en el fondo un armario.

ESCENA PRIMERA.

JUANA *y* JUANITA, *cada una en un lado del teatro. Juana, á la derecha, cose; y Juanita, á la izquierda, suma cuentas.*

Juanita. Por mas que hago, siempre sale lo mismo: tenemos seis duros de productos á la semana, y gastamos siete. Esto es terrible para un tesorero, porque yo soy la que lleva las cuentas... mientras que mi hermana trabaja. Pobrecilla! (*Mirando á Juana, que le vuelve la espalda, y que ha dejado caer su costura.*) Hace un cuarto de hora que no levanta cabeza! — Volvamos á repasar la suma, á ver si me he equivocado.

Juana. (*Aparte, leyendo un papel que acaba de sacar del bolsillo.*) «Jamas consentirá mi padre en nuestro casamiento: esta noche, á las once, estaré á la puerta de tu casa. Fíate de mí, que te amo, y que soy mayor de edad. — Emilio.» — Dios mio! Por qué

exige de mi eso! Hay una postdata: «Si consientes, pon la maceta de claveles en la ventana.» Jamas! Jamas! Abandonar á mi padre, que es tan bueno!... y á mi pobre hermana Juanita!...

Juanita. Ay! Ahora sale media onza... cuarenta reales mas de lo que tenemos!

Juana. Qué hay, hermana?

Juanita. Qué hay, qué hay? Lo peor es que no hay nada. Ya se ve, gastamos sin duelo. Y tú que fuistes á decir ayer delante de padre que tenias ganas de ir á los toros!

Juana. Acaso no te alegrarias de acompañarnos?

Juanita. Al contrario, me gustan mucho; pero si no podemos ahorrar un cuarto!

Juana. Es verdad! Ah! Si yo llegase á ser rica... si hiciera un buen casamiento! Esta es mi única ambicion!

Juanita. Y es la de todas las muchachas.

Juana. Si pudiese asegurar el porvenir de mi padre, señalándole dos ó tres mil reales al año!

Juanita. Pues eres generosa! Yo le daria lo menos cinco ó seis mil.

Juana. Piensas casarte con algun marques, ó con algun duque?

Juanita. Cuando una hace castillos en el aire...

Juana. Yo me contentaria con un jóven que me amase mucho, aunque no fuera muy rico. Porque deben ser una cosa tan buena las riquezas!

Juanita. Sí; mas cuando se sabe una pasar sin ellas, lo mismo da.

ESCENA II.

DICHAS. GERÓNIMO.

Gerónimo. (*Sale cantando.*) «Mambrú se fue á la guerra... no sé cuándo vendrá!»

Juanita. Qué contento viene usted, padre!

Juana. Y qué fatigado!

Gerónimo. Es que he corrido... para no perder tiempo.

Juanita. Si está usted sudando como un...

Gerónimo. Eso no es nada: dame un vaso de agua.

Juanita. Mejor será un vaso de vino.

Gerónimo. Acaso lo tienes?

Juanita. Ciertamente. Mi hermana y yo estábamos echando cuentas, y resulta que bien puede usted descansar hoy.

Gerónimo. De veras?

Juana. Si señor.

Juanita. Porque he conseguido ahorrar alguna cosilla.

Gerónimo. Y yo que creia que estábamos en descubierto!

Juanita. Al contrario. Pregúnteselo usted sino á mi hermana: ella se halla enterada tambien del arqueo. No es asi?

Juana. (*Presentándole un vaso, mientras Juanita le echa vino.*) Cierto.

Juanita. Beba usted, padre, beba usted sin miedo... nuestros negocios van perfectamente.

Juana. Y todavía irán mejor; yo se le prometo á usted.

Juanita. Ya lo creo; con orden y economía, sale una bien de todo.

Gerónimo. Tienes razon, Juanita mia, y nunca llega sola una felicidad. A que no acertais lo que traigo aqui? Un billete de banco!!

Juanita. Es imposible!

Juana. Cómo?...

Gerónimo. En efecto que debe pareceros increible encontrar en mi bolsillo otra cosa que cuartos roñosos... y os aseguro que lo que es esta vez, el pobrecito no tenia ni siquiera esa mala compañia.

Juana. Vamos, cuéntenos usted...

Juanita. (*Sentándose sobre el palo de una silla.*) Le escuchamos á usted!

Gerónimo. Ah! Por qué ha pasado ya el tiempo en que os tenia á las dos sobre mis rodillas? Habeis crecido demasiado para eso, y á fé que es lástima. En cambio, cada vez estais mas lindas. — Pues señor, como os iba diciendo, aquel dia me hallaba yo un poco peneque...

Juanita. Es que no iba usted diciendo tal cosa... porque eso no le sucede nunca.

Gerónimo. Ahora no... pero antes... Por otra parte, hijas mias, es natural que cuando un pobre trabaja-

dor ha estado al yunque toda la semana, quiera divertirse un poquillo el domingo ó el lunes.

Juanita. Y se divierte una bebiendo?

Gerónimo. No... mas qué diantre, se lo figura, y es lo mismo. —Sigo mi historia. —Vuestra madre, que era una escelente muger, como tú, Juanita, y preciosa ainda mais, como tú, Juana, vuestra madre me reñia en vano, pues nunca pudo corregirme de esa diversion, que ella llamaba vicio.

Juanita. Con justicia.

Gerónimo. Mire usted doña Juana!... ó mas bien doña Marisabidilla; porque eres un verdadero predicador... con faldas. —Vuestra pobrecita madre no pudo conseguir nada; mas cuando me vi con dos chiquillas, que no tenian ya mas que padre, comprendí los deberes que me imponia este carácter; despedí al vinatero y llamé al aguador, calculando que debiendo yo haceros andar derechas, no era justo que yo diese traspieses á menudo.

Juana. Pobre padre!

Gerónimo. Aguarda un poco; no me elogies todavía: de cuando en cuando solia yo reincidir, no con mucha frecuencia... pero en fin... —Una vez, y fue la última, don Canuto, mi vecino, el joyero que me daba trabajo, me entregó para que lo montase un diamante que valia ocho mil reales. —Desgraciadamente á la sazon estaba mi cabeza un poco... como os decia... y perdí aquella joya.

Juana y *Juanita.* Dios mio!

Gerónimo. Cáspita si me ha sido preciso aplicarme para resarcir eso! Y á pesar de todos mis esfuerzos, aun debia ayer cerca de la mitad, cuando cátate aqui que me dicen que en las listas del correo habia una carta para mí. —Voy allá esta mañana... y tened, hijas mias, leed eso.

Juana. (*Leyendo.*) «Usted debia cuatro mil reales á don Canuto Lopez: adjunto va un billete de banco de esa cantidad. En cuanto al nuevo acreedor, no trate usted de conocerle, y permítale solo que firme. —El amigo de los hombres honrados y de los buenos trabajadores.»

Juanita. Es posible?

Juana. Míralo sino.

Juanita. (*Dando un grito.*) Ah!

Juana. Qué tienes?

Juanita. Nada. Digo que es un escelente jóven...

Gerónimo. Y quién te asegura que sea un jóven?

Juanita. Es verdad: puede ser un viejo.

Gerónimo. Tú, Juanita, que eres el cajero y el ministro de hacienda, ten, guarda esa carta. Luego pagaremos á don Canuto; y ya que no tenemos deudas, todo lo que yo gane en adelante...

Juanita. Será menester economizar.

Gerónimo. Déjate de economías. Las aborrezco!

Juanita. Siempre es bueno tener ahorritos para un apuro.

Gerónimo. No habrá apuros. Lo único que me afligia, no existe ya.

Juanita. Y si cayese usted enfermo, padre?

Gerónimo. No caeré... no puedo caer. Soy tan feliz al veros aqui, á mi lado, en casa, que trabajo mirándoos, y la obra se hace sola. Y los domingos! Cuando salimos los tres, llevándoos yo á las dos del brazo, con vuestro vestidito de tafetan negro, vuestras mantillas de blonda, y con esas caritas de rosa, que son la admiracion de cuantos pasan, me parece que oigo decir á todos: «Son dos soles esas chicas!» Esto me engorda, me rejuvenece.—Pero vosotras no lo echais de ver.

Juanita. (*Sonriéndose.*) Sí tal.

Juana. (*Lo mismo.*) Tambien nos gusta que se vuelvan á mirarnos.

Gerónimo. Con que está convenido que mañana iremos á los toros... en calesín.

Juanita. No señor; es funcion que sale muy cara.

Gerónimo. Una vez que tenemos ahorros... tú me lo has dicho...

Juanita. No son aun bastantes...

Gerónimo. Esa es cuenta mia.

Juanita. Pero padre...

Gerónimo. Mira, el dinero guardado está espuesto á que lo roben; al contrario, cuando no hay un maravedí, duerme uno tan tranquilo!... (*Llaman dentro.*) Hola! Quién está ahí?

Juanita. Cree usted que son ya los ladrones? (*Yendo á abrir.*) No; es Emilio, el hijo de don Canuto.

Juana. (*Con emocion.*) Emilio! (*Se sienta junto á la mesa de trabajo de su padre; este se quita su frac, se pone un delantal, y comienza su tarea.*)

ESCENA III.

DICHOS. EMILIO.

Emilio. (*Un poco turbado.*) Buenos dias, señor Gerónimo; servidor de ustedes, señoritas... Venia temiendo...
Gerónimo. El qué, amiguito?
Emilio. No encontrarle á usted.
Gerónimo. Y por eso venia usted solamente?
Emilio. (*Turbado, y mirando á Juana.*) No por cierto... sino á traerle estos diamantes para que los monte usted de nuevo... y á decirle de parte de mi padre que corren mucha prisa... porque son para una boda. Si no le hubiese encontrado á usted, se los hubiera dejado á Juanita, que creo es la mayor.
Gerónimo. No.
Emilio. Ah! Entonces lo es Juana?
Gerónimo. Menos.
Emilio. Sin embargo, me parece que alguna debe ser mas vieja... es decir, mas jóven.
Gerónimo. Pues se equivoca usted, porque el cielo me las envió en un mismo dia.
Emilio. Son mellizas?
Gerónimo. Justo! Tienen la misma edad y el mismo nombre; Juana Gomez se llaman las dos. Pero yo he puesto á la una Juanita para distinguirla de su hermana.
Juanita. Me parece, padre, que nuestro padrino, si lo es usted, no se devanó mucho los sesos para buscarnos nombre.
Gerónimo. No quise que os bautizasen con otro, porque era el de vuestra madre. Qué muger aquella! Parecia un granadero! Todo el mundo la queria y la respetaba. Sereis como ella, hijas mias, no es verdad?
Emilio. (*Aparte mirando á Juana, que baja la vista.*) No me mira siquiera... no me dice nada! Es imposible saber si consiente!

Juanita. (*Presentándole una silla.*) Pero siéntese usted, don Emilio.

Emilio. Gracias, señorita. (*Sentándose.*) Me gusta mas estar de pié.

Juanita. (*Al acercarle la silla le ve sentado.*) Buen modo de gustarle á usted, y se sienta! (*Se sienta tambien.*) Con que son para una boda esos diamantes? Y se pueden ver?

Emilio. (*Entregándole una cajita.*) Por qué no? El contratro se firma mañana. (*Mirando á Juana.*) Muy feliz es el novio!

Juanita. Eso es segun. Si con la que se casa... es vieja ó fea... y yo lo apostaría...

Geronimo. (*Trabajando.*) Vaya una idea! Y por qué te lo figuras?

Juanita. Porque los brillantes son magníficos, y si necesita de todo esto para parecer bonita, es mala señal.

Gerónimo. Vosotras no necesitais nada para serlo; os bastan vuestros diez y ocho años, que no se compran con todo el oro del mundo.

Emilio. Es verdad; mas la belleza sola vale poco... esta es á lo menos mi opinion.

Juanita. (*Aparte.*) Y desinteresada!

Emilio. (*Mirando siempre á Juana.*) El carácter es lo principal, y hay mugeres que porque son lindas... se complacen en atormentar á los que las aman.

Juanita. (*Mirándolos.*) Muy mal hecho!

Emilio. No es verdad que sí? — Además, parece que se gozan en afligirlos... en desesperarlos... hasta que al fin toma uno su partido... (*Vuelve la espalda á Juana, y se dirige á Juanita.*) y las olvida!

Juanita. Es lo mejor que se puede hacer.

Emilio. (*Siempre hablando con Juanita.*) No tengo razon, Juanita?

Gerónimo. (*Mirando á Juana, que se levanta.*) Qué es eso, hija? Qué pálida estás!

Juana. No es nada, padre; no haga usted caso... un dolor de cabeza horroroso...

Gerónimo. (*Levantándose.*) Tú, vida mia? (*Mirando á la mesa.*) Toma! Yo lo creo! Pues si hay allí claveles! Con menos bastaba para asfixiarte. Espera, espera,

verás... (*Mientras Juana da algunos pasos para oir lo que Emilio habla con su hermana, Gerónimo abre la ventana y coloca fuera la maceta de claveles: despues se acerca de nuevo á Juana.*) Y ahora, bien mio, estás mejor?

Emilio. (*Levantándose y dirigiéndose á Juanita, á quien saluda.*) Con que agur, señorita. (*Va á coger su sombrero que está en el fondo, y ve el tiesto afuera.*)

Juanita. Vaya usted con Dios, don Emilio.

Emilio. (*Aparte.*) Cielos! Qué felicidad! Consiente! Me esperará esta noche!

Juanita. (*A Emilio, que ha derribado con su sombrero la canastilla de la labor que estaba sobre la mesa.*) Qué hace usted? Acaba de tirar al suelo mis hilos y la caja de mis alfileres.

Gerónimo. La caja de los alfileres?

Emilio. Perdone usted!

Juanita. En castigo, va usted á ayudarme á recogerlos.

Emilio. (*Poniendo una rodilla en tierra.*) Con mucho gusto.

Juana. (*Viendo ahora la maceta en la ventana y corrien-á cerrar esta.*) Dios mio! Qué veo! (*Alto y acercándose á Emilio.*) Caballero... caballero... no crea usted...

Gerónimo. (*Interponiéndose entre ellos.*) Adónde vas?

Juana. A ayudar á mi hermana á recoger...

Gerónimo. (*Señalando á Emilio, que sigue de rodillas para recoger los devanadores de hilo.*) Ya son dos... que se dan buena maña... demasiado buena quizás. Le ves ahí de rodillas delante de ella?

Juana. Cómo! Podria usted creer?...

Gerónimo. Que era su amante? Por qué no? Juanita merece eso y mucho mas. Mas á mí no me conviene.

Juana. (*En voz baja.*) Un jóven tan rico! Que tendrá una renta de dos mil duros!

Gerónimo. Justamente! Cuando esos señoritos galantean á la hija de un pobre, no la quieren para llevarla á la iglesia.

Juana. Ah! Crea usted, padre mio, que yo nunca...

Gerónimo. (*Cogiéndola una mano.*) En cuanto á tí no hay miedo; tú eres muy formal y muy razonable, y sabes alejar á los moscones; pero esa Juanita es tan alegre,

tan viva... que sin querer los anima. Mira, mira cómo se rie con él! (*Pasa bruscamente entre Juanita y Emilio, al que da un golpecito en la espalda.*) No se detenga usted por causa nuestra, don Emilio; y diga al respetable autor de sus dias, que tenemos que entregarle un dinero.

Emilio. Yo volveré, si usted gusta...

Gerónimo. No, no; mañana no estaremos en casa en todo el dia. No es verdad, chica? Con que, hasta la vista; (*Dándole la mano.*) yo voy á emprender esta obra. (*Bajo á Juana señalando á Juanita.*) A tí te los encargo, hija mia, y sobre todo procura interrogar á tu hermana acerca de sus verdaderos sentimientos.

Emilio. (*Al marcharse bajo á Juana.*) Esta noche, ó si no me mataré!

Gerónimo. (*Volviéndose y viéndole.*) Eh?... Todavía ahí, amigo? — Vaya, usted, vaya usted, que su padre sin duda le esperará.

Juanita. (*Aparte.*) Pobre Juana!

ESCENA IV.

JUANA. JUANITA.

Juana. (*Aparte.*) Acaso habrá adivinado mi padre?... Acaso mi hermana gustará de Emilio? No, no es posible! (*Alto.*) Dime, Juanita, qué te parece el hijo de don Canuto?

Juanita. (*Con indiferencia.*) Ni bien ni mal. (*Mirando á su hermana con atencion.*) Y á tí?

Juana. (*Confusa.*) No se trata de mí. Cuando viene, y por cierto que viene muy á menudo, creo que te mira y que te habla con algun interes. Te hace por ventura la corte?

Juanita. Ni se acuerda de tal cosa. En cuanto á tí...

Juana. Repito que no se trata de mí. Pero muchas veces, sin querer, se ocupa una de las personas... y piensa... Dios me libre de reñirte!...

Juanita. (*Sonriéndose con malicia.*) Eres muy buena!

Juana. En fin, si es menester decírtelo todo, padre me ha encargado que te interrogue.

Juanita. Pues es singular!

Juana. (*Con fuego.*) Y á mi, que soy tu hermana, tu mejor amiga, bien puedes responderme con entera confianza. Vamos, no te apretó la mano poco ha don Emilio?

Juanita. No. Y á ti?

Juana. Vuelta conmigo! — Te aseguro que puedes estar tranquila.

Juanita. Sin embargo, Juana, no lo estoy.

Juana. Qué quieres decir?

Juanita. Que casi tenias celos de mi.

Juana. Gran Dios!

Juanita. Porque le amas.

Juana. Cállate!

Juanita. Le amas!

Juana. Pues bien, si. Y él me ama tanto! Además, hermana, ha jurado que se casará conmigo.

Juanita. Es posible que lo cumpla. Pero crees que su padre consentirá?

Juana. No lo creo!

Juanita. Y aun piensas en ello? Y aun le escuchas... y no le has dicho ya politicamente: « Hágame usted el favor de no volver! »

Juana. Es verdad! Es verdad! Mas entonces no le veria mas!

Juanita. Y qué?

Juana. Me moriria de dolor!

Juanita. No, no se muere nadie de eso.

Juana. Bien se conoce que nunca has amado... que no amas!

Juanita. Quién sabe!

Juana. Será posible? Sabrás lo que es?...

Juanita. (*Suspirando.*) Ya lo creo! Con todo, no me quejo, ni hablo á ninguno del particular.

Juana. Es muy mal hecho: para una hermana no debe haber nada oculto. Con que, Juanita, tienes tambien amante?

Juanita. Y arrogante mozo! Diez y ocho ó diez y nueve años... aire distinguido... cara de señorita... con bigotitos...

Juana. Cuándo le conociste?

Juanita. El dia que estrené aquel vestido de percal azul

que me sentaba tan bien. — Iba yo por la calle, andando de puntillas para no mancharme, cuando de repente oigo que me gritan: Cuidado! Ahi va! — Era un carruage elegante con dos lacayos detras, y dos caballos magníficos que me salpicaron de lodo desde la cabeza á los piés. Los que pasaban se echaron á reir, y yo á llorar. — El que guiaba el coche, que por casualidad era el dueño de él, se baja al instante, y viendo mi desesperacion y el color de mi trage, que se habia convertido de azul en negro, se deshizo en disculpas, y me ofreció su brazo, sus lacayos, y su coche. En fin, estaba empeñado en llevarme adonde yo quisiese. Ya comprenderás que no acepté. Pero á la mañana siguiente, y todas las demas mañanas, desde que salia á la calle... yo no sé cómo habia averiguado nuestra casa... me seguia sin decirme nada.

Juana. Y tú no le mirabas?

Juanita. Nunca; bajaba la vista... lo que no me impedia ver que era muy guapo... Cabello rubio... ojos azules, en los que brillaban la bondad, la franqueza... y otra cosa mas. — Un dia al entrar aqui... tú y mi padre habiais salido... encontré una gran caja llena de telas magníficas, y un letrero con estas palabras: «Para Juanita.» — Otras veces eran brazaletes, collares, zarcillos... siempre para Juanita! — No habia ya mas remedio que hablar, y una tarde que iba por la calle detras de mí, le dije secamente: «Caballero, suplico á usted que envie á recoger sus regalos; yo no admito nada de las personas que no conozco.» — «Me llamo Ricardo de Inestrosa, duque de Bellaflor, me contestó, y mi casa está á dos pasos de este sitio. Soy libre, dueño de mi fortuna, y desde que la he visto á usted, Juanita, la amo!» — Y lo decia con un tono! A legua se conocia que era verdad!

Juana. Y tú?...

Juanita. (*Suspirando.*) No sabia lo que me pasaba, y muy conmovida repuse: Señor duque, puede usted casarse conmigo? — Y él, es menester hacerle justicia, me contestó al momento: No, señorita!

Juana. (*Con indignacion.*) Cómo!...

Juanita. Era un hombre de bien, que no intentaba engañarme. Su nombre, su clase, y su familia le exi-

gen que se case con una gran señora. — «Me quedaré soltero toda mi vida... pero la pasaré al lado de usted.» —No estoy segura de si dijo asi, ó «A tu lado.» —«Todos esos tesoros de que no sé qué hacer serán para usted, para su padre, para su hermana.»

Juana. Pobre muchacho!

Juanita. «Yo no quiero mas que amarla á usted siempre, aunque me sea ingrata.»

Juana. Y bien?

Juanita. Lo fui... porque rehusé sus ofertas. Le prohibí que me hablase, y me ha obedecido... Siempre me sigue á lo lejos, sin que yo lo advierta... ó al menos él lo cree.

Juana. Cuánto le compadezco!

Juanita. En fin, hará dos semanas... si vieses qué pálido, qué cambiado estaba! Me dió una lástima! Asi fue que me acerqué á él, le tendí una mano, y le dije: «Señor duque, os lo suplico; no nos volvamos á ver, porque no sé lo que sucederia!» —Y era cierto! — «No vuelva usted á seguirme, se lo ruego; y si me ama, déme una prueba obedeciéndome.»

Juana. Y cuál?

Juanita. «Su familia le ruega á usted que se case... complázcala usted... yo se lo mando!»

Juana. Y qué te contestó?

Juanita. Se puso trémulo, y como si reuniese todas sus fuerzas, me respondió: — «Me casaré; pero la amaré á usted siempre!» — Y no le he vuelto á ver mas!

Juana. Es posible!

Juanita. Mas no se ha olvidado de nosotros. Crees que no he reconocido la letra de esa carta?

Juana. Cómo! Los cuatro mil rs.?...

Juanita. Que no podemos aceptar...

Juana. Qué dices?

Juanita. Trabajaremos noche y dia, y sin que lo sepa nuestro padre, pagaremos la deuda. Ni tú ni yo podemos recibir ese regalo! Asi, se lo devolveré, como los demas, al señor duque.

Juana. Será darle un sentimiento!

Juanita. (*Con emocion.*) De veras lo juzgas? (*Resueltamente.*) No importa; el deber ante todo!

Juana. Ah! tú no le amas!

Juanita. (*Con pasion.*) No le amo? Con delirio! En todas partes hallo su imagen ; solo sueño con él! Cuántas veces me he dicho: — No tengo mas que pronunnunciar una palabra, y mi vida, consagrada al trabajo, va á deslizarse entre los placeres y la opulencia! En vez de ir á pié, tendré un buen coche; en vez de mi vestido de percal, ricas telas y diamantes! Y lo que es mejor aun, su amor!... — Ah! Esto era muy seductor, y en algunas ocasiones me he levantado ya para correr á él y decirle: «Ricardo, aqui estoy!» Pero en seguida me representaba á mi pobre padre, que me adora, y al que mi fuga haria morir de dolor y de vergüenza!

Juana. Cielos!

Juanita. Tambien pensaba en tí, hermana mia, cuyo matrimonio hacia imposible por siempre; porque quién querria casarse cón la hermana de una muger deshonrada?

Juana. Yo no puedo mas! (*Fuera de sí.*)

Juanita. Qué tienes?

Juana. Y él que vendrá esta noche...

Juanita. Habla, habla!

Juana. Me juras no decirle nada á mi padre?

Juanita. Acaso querria yo matarle?

Juana. Pues bien, á pesar mio... no sé cómo... esta noche á las once... Emilio me aguardará á la puerta... (*Llaman.*)

Juanita. Silencio! Alguien viene!

Juana. Su padre! (*Abriendo.*)

Juanita. Don Canuto!

ESCENA V.

DICHOS. DON CANUTO.

Canuto. Está en casa Gerónimo?

Juanita. (*Aparte.*) Gerónimo! Qué llaneza! Como si no pudiese decir el señor Gomez! (*Alto y recalcando la primera palabra.*) *Mi señor* padre se halla arriba, y va á bajar. (*Juana se sienta junto á la mesa, y se pone á trabajar para ocultar su emocion.*)

Canuto. (*Mirándolas.*) Son preciosas estas chicas! Nunca las habia reparado bien.

Juanita. (*Aparte.*) Parece corto de vista!

Juana. Es un honor para nosotras que se digne usted mismo...

Canuto. Si, por lo regular Gerónimo es el que va á casa á buscar los encargos; cosa muy natural, porque al fin, él es el obrero...

Juana. Y usted el amo.

Canuto. Yo sin embargo no soy orgulloso, y no me creo superior á nadie por ser un joyero algo mas rico que los demas, y proveedor de la real casa. Ya no hay clases ni distinciones; todos somos iguales, hija mia.

Juanita. (*Aparte.*) Pues es mejor de lo que yo creia! (*Ofreciéndole una silla.*) Siéntese usted, señor don Canuto.

Canuto. (*Sentándose.*) Asi, lo confieso, me pongo furioso cuando voy á casa de algun grande de España, y oigo decir á los criados: «Quién es?» Don Canuto el diamantista? — Pues que espere! —

Juanita. Deberian decir el señor don Canuto...

Canuto. Ciertamente. Esta muchacha tiene chispa.

Juanita. Y su hijo de usted?...

Juana. (*Bajo á Juanita.*) Por Dios!

Juanita. (*A ella.*) No tengas cuidado... verás cómo yo lo arreglo todo!

Canuto. Mi hijo, á quien yo he educado con mis principios, es lo mismo que yo... sin orgullo, sin vanidad! — Ahora pienso darle catorce mil duritos para que se reciba de procurador, y se case con alguna que lleve otro tanto... lo menos.

Juanita. Nada mas?...

Canuto. Psit!... Si fuese aun mas rica... no me importaria, con tal de que hiciese á mi chico feliz... Su dicha es para mí lo primero.

Juanita. (*Alegre.*) Es lo esencial. (*Bajo á Juana.*) Déjame y verás. (*A don Canuto.*) Y si por casualidad amase su hijo de usted á una jóven bonita, juiciosa, despejada, que le correspondiese tambien?

Canuto. Y qué?

Juanita. Consentiria usted en su casamiento?

Canuto. Yo! Jamas!

Juanita. (*Con indignacion.*) Jamas! (*Aparte.*) Es menester salvar á mi hermana! (*En voz baja á don Canuto.*) Una vez que piensa usted asi, señor mio, debo prevenirle, por interes hácia él, que cuide mucho de su hijo.

Canuto. (*Admirado.*) Cómo?

Juanita. (*Siempre en voz baja.*) Cree usted que se ocupa solo en estudiar?

Canuto. Por supuesto.

Juanita. Cree usted que va todos los dias?...

Canuto. A pasar con un procurador.

Juanita. Pues aqui es adonde viene... (*Severamente.*) lo que es menester impedir. Además, esta noche vendrá á la puerta de casa á esperar á una jóven de quien está enamorado.

Canuto. Cielos!

Juanita. Y con la cual quiere casarse, sin su consentimiento de usted.

Canuto. (*Colérico.*) Con usted quizás!

Juanita. Bobada! Entonces se lo iría yo á contar á usted como una tonta?

Canuto. Es verdad. —Pues será la otra!

Juanita. Eso usted lo debe averiguar, porque bien conoce que en nuestra familia todos somos honrados.

Canuto. (*Turbado.*) Qué acabo de saber! Cómo, mi hijo, Emilio... (*Juanita se acerca ahora á Juana.*)

Juana. (*Que no ha oido nada de la anterior conversacion.*) Qué hay?

Juanita. (*Con firmeza.*) Que no debes pensar en él.

Juana. (*Levantándose.*) Dios mio!

Juanita. (*Apretándole una mano.*) Hermana, valor!

Canuto. (*Acercándose á las jóvenes.*) Perdonen ustedes, hijas mias, pero es menester que yo hable en seguida á su padre. En primer lugar traigo un recado de una noble é ilustre señora... la marquesa de Monte-verde, cuyo sobrino, el duque de Bellaflor, se casa...

Juanita. (*Conmovida.*) Ah! Se casa?

Canuto. Si, señorita, y muy pronto. Yo voy á verle al salir de aqui.

Juanita. (*Poniéndose una mano en el corazon.*) Ah!

Juana. (*Apretándola la otra mano.*) Hermana... hermana! Valor!

Juanita. Lo tendré. (*Deteniendo á don Canuto, que se va á marchar.*) Señor don Canuto, una palabra; puesto que usted va á casa del señor duque de Bellaflor, le ruego que le entregue esto... (*Sacando del bolsillo la carta que la dió Gerónimo.*) este papel, que contiene un billete de banco de cuatro mil reales. (*Don Canuto la mira con sorpresa.*) El sabe lo que es!

Canuto. Y de parte de quién le he de decir?

Juanita. De parte de Juanita... nada mas!

Juana. (*Aparte.*) Las dos seremos desgraciadas!

Canuto. Cosa mas estraña!

Juana. Adónde vas? (*A Juanita.*)

Juanita. Quieres que llore delante de él? (*Entra en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON CANUTO. JUANA.

Canuto. A Dios, señorita. Voy á tomar contra mi hijo, y antes de que sospeche nada, medidas tales que...

Juana. (*Aparte.*) Dios mio! Cómo le avisaré? Ah! Esta noche!

Canuto. Ya sabrá quién soy yo. (*Viendo salir á la marquesa.*) Cómo! Señora marquesa...

ESCENA VII.

DICHOS. LA MARQUESA DE MONTE-VERDE.

Marquesa. (*A don Canuto, que la saluda.*) Hola, amigo Lopez! Veo que ha sido usted exacto á la cita. Ha anunciado usted ya al señor Gomez mi visita, y la conferencia que deseo tener con él?

Canuto. Aun no le he hablado... del honor que le espera.

Juana. Yo iré á prevenírselo, señora.

Marquesa. (*Mirándola.*) Ah! Es esta la jóven que vive en su compañía?

Canuto. Es su hija, señora marquesa.

Marquesa. (*Mirando á Juana con interes.*) Si, ya comprendo... (*Aparte.*) Esas facciones... esa fisonomia...

y á pesar de todo, esos modales tan finos!!... (*Dando un paso hácia Juana.*) Hija mia... (*Con emocion.*) Quiere usted permitirme que la dé un beso?

Juana. Cómo, señora!... Ese es demasiado honor para mí!

Marquesa. (*Despues de besarla.*) Diga usted al señor Gomez que le perdono haber hecho esperar á don Canuto... pero que estoy de prisa... (*Mirándola.*) Ahora sobre todo... y que le aguardo... yo, la marquesa de Monte-verde.

Juana. Al momento bajará. (*Saluda, y vase.*)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA DE MONTE-VERDE. DON CANUTO.

Marquesa. (*Mirando alejarse á Juana.*) La hubiera reconocido... adivinado entre mil!

Canuto. Qué conmovida está V. E.!

Marquesa. Y no sin razon. La jóven á quien acabo de ver, mi querido Lopez... es una persona que, segun creo, nos toca muy de cerca.

Canuto. De veras?

Marquesa. Bien puede usted ir preparando para ella joyas magníficas... porque es... sino me equivoco... una de las mas ricas herederas de España.

Canuto. (*Aparte.*) Cielos! Y está enamorada de mi hijo! Y los dos querian casarse en secreto! (*Alto.*) Pero, señora, y cómo es?...

Marquesa. Silencio; Gerónimo viene.

ESCENA IX.

DICHOS. GERÓNIMO.

Gerónimo. Perdone usted, señora marquesa, que me presente asi delante de ella. Juana me dijo que estaba usted aqui, y temiendo hacerla esperar... no me quité mis arreos del trabajo...

Marquesa. Justamente al trabajador vengo yo buscando. —Hacia tiempo que deseaba saber la habitacion del senor Gomez, oficial de diamantista, cuando esta

mañana, Lopez, que es mi joyero, me dijo que ocupaba á una persona de ese nombre. Entonces le supliqué que anunciase á usted mi visita para hoy mismo.

Gerónimo. Y en qué puedo ser útil á la señora marquesa?

Marquesa. Voy á decírselo á usted. (*A don Canuto, que acerca una silla para la marquesa, y que va á tomar otra para sí.*) No se detenga usted, amigo Lopez; ya sé que le aguardan en casa de mi sobrino el duque con los diamantes para la novia.

Canuto. No corren prisa.

Marquesa. Al contrario, nos ha costado tanto casarle, que es menester no dejarle pretestos para que lo demore aun. Hasta mañana, que tendré que hacerle á usted tambien algun encargo.

Canuto. (*Aparte.*) Diablo! Una rica heredera! No hay que descuidarse; y como, gracias á Dios, yo no sé nada aun, puedo siempre... en mi ignorancia... (*Saludando á la marquesa.*) Señora... Agur, Gerónimo. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA DE MONTE-VERDE. GERÓNIMO.

Gerónimo. (*En pié, y aparte.*) Qué diantres me querrá?

Marquesa. Escúcheme usted, amigo, porque tengo mucho que decirle.

Gerónimo. (*Tomando un taburete, y sentándose.*) Dispense usted... asi estaré mas cómodo, y usted tambien.

Marquesa. No es usted de la Mancha, señor Gomez?

Gerónimo. Sí señora... paisano de don Quijote; y tambien lo era mi muger, mi pobre Juana.

Marquesa. Conoció usted al general Sanchez?

Gerónimo. Buena pregunta! Pues si era tambien del pais, y el mejor mozo de mi pueblo! Se fue de soldado raso al principio de la guerra de la independencia, y á poco le hicieron general; pero eso sí, lo que es él, lo mismo se batia con la faja que sin ella; como que despues de un lanzazo que le dieron en la batalla de Ocaña, le llevaron á mi casa misma... porque estaba

alojado en ella... y me envanezco al recordarlo. Por mas señas, que ni teniamos pan siquiera; pero la voluntad todo lo vence, y le cuidamos como pudimos. Caramba! No estábamos muy lucidos entonces, ni él tampoco. —Mas tarde, en 1822, que nos hizo una visita, nos contó toda su historia... como siendo simple alferez se enamoricó de una señorita de ilustre alcurnia... como hacia un año que estaba casado con ella á pesar de la madre de la chica, que era una marquesa muy vana y muy llena de viento...

Marquesa. (*Queriendo interrumpirle.*) Bien, bien...

Gerónimo. No, yo digo que mal, muy mal; porque furiosa la tal señorona con el matrimonio, se largó á Francia, llevándose todos sus bienes. Se conoce que á la buena muger le importaba poco la felicidad de su hija...

Marquesa. Basta, basta! La persona á quien juzga usted asi, soy yo misma.

Gerónimo. (*Turbado.*) Usted? Entonces es diferente. Por qué no me lo dijo usted desde el principio? Cuando uno habla y no sabe con quién...

Marquesa. (*Gravemente.*) El tiempo modifica las opiniones, amigo mio, y yo espero que mas tarde no me juzgará usted tan duramente...

Gerónimo. Perdóneme usted; no era mi intento...

Marquesa. Prosiga usted.

Gerónimo. Ya no me acuerdo dónde estaba.—Ah! Si.—La decia á usted... ó por mejor decir no la habia referido aun, á principios de 1823, el general, que habia sido desterrado á Valencia por no sé qué intriga de sus enemigos, volvió á pasar de incógnito por mi pueblo, con direccion á Madrid... Por cierto que llevaba siempre en el ojal de sus casacas un ramito de violetas, el cual no supe averiguar nunca qué significacion tenia... A la sazon mi muger estaba en cinta de seis meses; de modo que el general la dijo: Querida Juana, mi esposa se halla casi tan adelantada como tú en su embarazo; con que si quieres criarás á lo que nazca.—Convenido! esclamé yo; y Juana marchó en efecto muy pronto á reunirse á la generala, que se habia quedado en Albacete. Alli, con dos ó tres dias de diferencia, las dos dieron á luz cada

cual una niña, y mi consorte se encargó de traerlas al lugar... porque apenas restablecida la señora, fue á buscar á su marido, que atacado de una aguda enfermedad, exhaló el último suspiro en la flor de su juventud! —Pero siquiera tuvo el consuelo de que no le enterrasen solo!

Marquesa. (*Enjugando sus lágrimas.*) Ya sé, ya sé...

Gerónimo. Si, sí; su pobre hija de usted... Habia sufrido demasiado... no era posible que resistiese á tantas penas!

Marquesa. Yo no supe su muerte hasta mucho despues, en el destierro que me habia impuesto, y persuadida de que no dejaba descendientes, no habria vuelto á España, á no llamarme aqui un negocio de alto interes para nuestro porvenir. Regresé pues, hace dos meses, y entre los papeles que me entregó un antiguo amigo del general, encontré algunas cartas de mi hija á su marido, cartas que recuerdan parte de las noticias que usted acaba de darme, y atestiguan que su hija... que la mia, fue confiada á su muger de usted.

Gerónimo. Es verdad.

Marquesa. Y existe aun esa niña?

Gerónimo. Sí, gracias á Dios!

Marquesa. Y vive en esta casa con usted?

Gerónimo. Cáspita! Pues no?

Marquesa. (*Con transporte.*) Estaba segura!!... Ella era la que he visto aqui... hace un instante!

Gerónimo. (*Suspirando.*) En cuanto á eso, señora marquesa...

Marquesa. Me habré engañado?

Gerónimo. No lo sé.

Marquesa. Qué quiere usted decir? Espliquese usted por Dios, espliquese usted!

Gerónimo. Me está usted recordando una época fatal... y cosas... que me ha costado mucho olvidar. Mi Juana debia conducir como digo á usted las dos criaturas recien-nacidas, á quienes alimentaba, y le parecian á la pobrecita un grano de anís las diez y ocho leguas que tenia que andar hasta el pueblo. —Un dia me escribió diciéndome que por la noche llegaria... pero nada, no pareció. —Creyendo yo que se habria dete-

nido en alguna parte, salí á recibirla; en vano pregunté á todo el mundo por el camino, y á seis leguas de nuestra casa, en un meson... Ah! Malditos sean por siempre los estrangeros!... Los infames habian matado á mi Juana... á una muger que no tenia para defenderse mas que los gritos y las lágrimas de dos pobres niñas!

Marquesa. (*Con espanto.*) Y esas niñas?...

Gerónimo. No sé cómo las perdonaron... sin duda por olvido! Pero los ladrones, los cobardes las habian robado todo, y las pobres criaturas iban á perecer de frio cuando yo llegué.—Tomé en mis brazos mi doble tesoro, y eché á andar diciendo:—Dios me las ha dado, y yo las guardaré á las dos!—En efecto, á ambas las prodigué los mismos cuidados, la propia ternura, sin tratar de averiguar cuál era mi hija!—Hé aqui, señora marquesa, lo que usted deseaba saber.

Marquesa. Mas es imposible que no conserve usted algunas dudas, algunos indicios relativos á la jóven que yo vengo á reclamarle á usted.

Gerónimo. A reclamarme? A reclamarme?

Marquesa. Sí; en su mano tiene usted la fortuna. Hable usted, qué desea?

Gerónimo. Qué deseo? Quedarme con las dos.

Marquesa. Eso no lo espere usted, y es menester que declare...

Gerónimo. Declaro que ningun poder en el mundo será capaz de arancármelas. No las he salvado y criado yo á las dos?... Acaso entrambas, y pregúnteselo usted sino; no me aman como á un padre? Puedo yo, por ventura, separarlas en mi afecto? Ya lo ve usted, señora; yo no tengo nada que devolverla, nada que darla... porque todo es mio!

Marquesa. Una palabra, señor Gomez. Todos dicen que es usted un hombre honrado...

Gerónimo. Vaya un mérito! Quién no es hombre honrado? No hay mas que los pícaros que no lo sean!

Marquesa. Usted, que no querrá hacer daño á nadie, no teme arrebatar á una familia su bien mas precioso, su única heredera?

Gerónimo. Qué está usted diciendo?...

Marquesa. Por mas viva, por mas sincera que sea su

ternura de usted, le da el derecho cruel de que pretende usar, arrebatando á esa jóven su nombre, su fortuna y su clase? Son estos acaso los deberes de un padre? Oh! No! Eso sería abusar de tan sagrado título para cometer una mala accion.

Gerónimo. Señora!...

Marquesa. Vamos, piénselo usted... reflexiónelo todo; contra mi voluntad recurriría á medidas estremas, pues no quiero mas juez que usted mismo. Y por mas inciertos, por mas débiles que sean sus recuerdos, nosotros nos fiaremos de su declaracion de usted. — Aguardo su respuesta mañana, y no me la haga usted esperar mucho. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA XI.

GERÓNIMO.

(*Ha comenzado á oscurecer, y es enteramente de noche al concluir esta escena.*)

Mi respuesta! Mi respuesta será siempre la misma. Quedarme con mis dos niñas! Habia yo de decidir... de escoger entre ellas... de decir á la una: «Anda á ser gran señora, anda!» — Y si fuese á mi hija á la que yo apartase de mi lado! Pobre Juana! Pobre Juanita! Mientras mas lo pienso... Oh! Sí: las amo igualmente; y aquella de quien me desprendiese, sería la que querría mas; porque Juana... Juana es el retrato de su madre... y Juanita... es el mio! Idéntico carácter... idénticas ideas... talento y corazon! Y podria?... Vaya, vaya, que diga lo que le acomode esa vieja, con su rancia aristocracia y su sensibilidad moderna; yo la desafio á que sepa lo que yo propio no sé: porque es indudable; no existe ninguna prueba, ningun indicio, ningun medio de descubrir cuál de las dos es la suya. — No debo decirles nada á las pobrecitas... ni quiero que se ocupen mas que en su felicidad y en sus diversiones. Mañana iremos á los toros... que les gustan tanto...

ESCENA XII.

GERÓNIMO. JUANA.

Juana. (*Saliendo.*) Ya es hora... Debe aguardarme... Cielos! Alguien hay aqui! Mi padre!

Gerónimo. (*Reflexionando.*) Por otra parte, aunque yo consintiese... por ventura, querrían ellas... podrian resolverse á abandonarme? Es imposible!

Juana. (*Escuchando.*) Qué dice?

Gerónimo. (*Cogiendo una mesita donde estan sus herramientas.*) Nuestra única felicidad, nuestro mayor placer es estar todos juntos... siempre juntos! (*Sentándose delante de la mesita.*) Asi mañana, cuando yo las lleve del brazo, quiero que parezcan dos rosas, y que lleven mucho lujo. Vamos, manos á la obra... ahora estarán durmiendo, y si velo toda la noche...

Juana. (*Aparte.*) Cielos!...

Gerónimo. Con lo que me produzca este trabajo estraordinario, les compraré mañana alguna cosita buena!

Juana. (*Aparte, acercándose con ternura á la silla donde está sentado su padre.*) Padre mio!

Gerónimo (*Toma un fósforo, y enciende una bugía mientras habla.*) El médico me dice que asi me acorto la vida! Qué importa, si soy yo el que me separo de ellas... y no ellas las que se separan de mí?

Juana. (*Dando un grito y cayendo de rodillas en medio del teatro.*) Ah!

Gerónimo. (*Estupefacto, levantándose.*) Juana aqui! A estas horas! Y esa turbacion... esas lágrimas... (*Aparte.*) Habrá oido por casualidad á la marquesa? (*Alto, y levantándola.*) Qué tienes, hija mia? Qué me pides?

Juana. Perdon, perdon, padre mio, porque soy muy culpable, porque un momento he podido abrigar la idea de abandonarle á usted!

Gerónimo. Tú!!!

Juana. Sí, dando oidos á un amor insensato... iba tal vez á huir...

Gerónimo. (*Con un grito de cólera.*) Oh! (*Aparte.*) Y yo que pensaba!... (*Con amargura.*) No, no es mi sangre... no es mi hija... es la de la gran señora!

Juana. Mas aqui, hace un instante, le escuché á usted...

á usted, que nos consagra sus dias... sus noches... y entonces me dije: «Todo se lo revelaré á mi padre... me quedaré á su lado, y á nadie amaré sino á él.»

Gerónimo. (*Abrazándola.*) Ah! Yo la reconozco... Es mia... es mi bien... ella es mi hija, mi hija!... (*Volviendo la cabeza.*) Quién viene?

ESCENA XIII.

DICHOS. JUANITA.

(*Juanita sale por la izquierda, mientras Gerónimo y Juana se retiran hácia la derecha.*)

Gerónimo. (*Viendo á Juanita que de puntillas se acerca á la puerta del fondo.*) Caramba! Quiere aquella escaparse tambien? (*Juanita se llega á la puerta del fondo; corre el cerrojo, y quita la llave. — Entonces se vuelve y ve á su padre.*) Qué haces ahi?

Juanita. Nada, padre, vengo de cerrar la puerta, y de quitar la llave.

Gerónimo. Y por qué?

Juanita. (*Mirando á Juana.*) Quién sabe lo que puede suceder? Esto es siempre lo mas seguro.

Gerónimo. Por qué? (*Insistiendo.*)

Juanita. He prometido no decírselo á usted.

Juana. Y yo, hermana, lo he dicho todo.

Juanita. Ah! Pues mas vale asi. (*A Gerónimo.*) Pero podia usted dormir tranquilo, padre; yo estaba ahi, yo, velando por el honor de la familia.

Gerónimo. (*Besándola en la frente.*) Juanita! Juanita! (*Aparte.*) Esta es tambien mi hija... mi verdadera hija... (*Llaman á la puerta.*)

Juana. (*Con emocion.*) Será Emilio!

Juanita. (*A Gerónimo.*) Es él!

Gerónimo. (*Bajo á Juanita.*) Y qué hacemos?

Juanita. Abrirle ahora. Estamos alerta, y no hay ya peligro.

Gerónimo. (*Mientras Juanita va á abrir.*) Es verdad! Yo soy quien debe hablar al seductor!

Juana. Padre mio!

Gerónimo. (*Levantando la mano.*) Y verás tú que diálo-

go tan animado vamos á tener! (*Juana hace por contener á su padre. La puerta se abre y aparece don Canuto.*)

Los tres. Don Canuto!

ESCENA XIV.

DICHOS. DON CANUTO.

Canuto. Yo mismo.

Gerónimo. Y qué trae usted aqui á tales horas?

Canuto. Va usted á saberlo, señor Gomez. Comenzaré por decir que lo sé todo, señor Gomez.

Gerónimo. Yo tambien.

Canuto. Cualquiera otro en mi lugar se hubiera incomodado tal vez; pero yo no tengo ambicion ni preocupaciones... ahora todos somos iguales... y la igualdad es lo primero. Asi, vengo en nombre de mi hijo, y en el mio, á pedirle á usted la mano de esa jóven.

Gerónimo. Es posible! (*Mirando á Juana, que vacila, y sosteniéndola en sus brazos.*)

Canuto. Qué tiene?

Gerónimo. Nada... nada! La alegría!

Canuto. Pero á condicion de que firmaremos el contrato sin bulla, sin jarana, y lo mas pronto posible.

Juanita. Mañana!

Gerónimo. A medio dia.

Canuto. No... antes... porque uno de mis parroquianos, el duque de Bellaflor, que se casa tambien mañana, me ha hecho el honor de convidarme á su boda.

Juanita. (*Trémula.*) Ricardo!

Gerónimo. Qué es esto, Dios mio? Qué le da ahora á la otra?

Juana. Es la alegría, padre mio, es la alegría por mi felicidad! (*A Juanita.*) Hermana!

Gerónimo. Hija mia, vuelve en tí!

Canuto. Qué cuadro! Y pensar que todo es obra mia! La igualdad es una gran cosa! Sí, sí... Viva la igualdad! (*Abrazando á Gerónimo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

La escena es en casa de don Canuto.—Sala elegante con puerta al foro.—Puertas laterales.—Dos ventanas.—A la derecha del proscenio una mesa con avíos de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DON CANUTO. EMILIO. UN ESCRIBANO, *sentado á la mesa de la derecha.*

Emilio. Con que va de veras? Hoy mismo! No acabo de creerlo!

Canuto. Las cosas cuando se han de hacer, deben hacerse pronto... Ese es mi sistema... Se correrá una amonestacion, pediremos dispensa para las otras, y dentro de ocho dias se efectuará la boda.

Emilio. Estoy loco de alegría!

Canuto. Entre tanto ocupémonos del contrato... es lo importante, lo esencial... en un asunto como este sobre todo.

Emilio. No lo veo yo asi, porque la pobre Juana no tiene nada.

Canuto. Y eso qué importa? Pudiera ser que con el tiempo... (*Señalando al escribano.*) Bueno es que el señor esprese lo que le he dicho. (*Al notario.*) Ha puesto usted: *Todos los bienes de que llegue á ser posesora, bajo cualquier título que sea?* (*El escribano hace una*

seña afirmativa con la cabeza.) Eso nunca está de mas... (*A Emilio.*) Es asunto de prevision, hijo mio; un padre de familia tiene obligacion de pensar en todo.

Emilio. Usted ha pensado en asegurar mi felicidad, y eso es lo principal.

Canuto. Tu felicidad! tu felicidad! Aun faltan muchos cabos que atar... y es preciso ver antes...

Emilio. Mire usted; ahí vienen ya.

ESCENA II.

DON CANUTO. JUANITA. GERÓNIMO. JUANA. EMILIO.

Gerónimo. (*Con el trage de los dias de fiesta, trayendo del brazo á sus dos hijas, que vienen vestidas exactamente iguales.*) Dios guarde á la buena gente! (*Señalando á Juana.*) Aqui está la novia; no tiene un cuarto; pero es una muchacha bonita y honrada, lo cual no es poco... aqui la tienen ustedes... buen talle, buenos ojos... alegría y salud!

Canuto. Hola, amigo Gerónimo!... Hoy se han sacado todos los trapitos á relucir?... Viene usted vestido como para ir á la boda, y eso que le dije que no se trataba sino de tomar los dichos.

Gerónimo. Lo mismo da; para mí es dia de fiesta completa... (*A Emilio.*) Qué tal, muchacho?... Desde hoy, tú por tú, no es verdad usted?

Emilio. (*Estrechándole la mano afectuosamente.*) Sí por cierto.

Gerónimo. Yo tuteo á todas las personas á quienes quiero... desde hoy me hago cuenta que tengo un hijo mas: (*Con malicia.*) luego... luego sí que voy á tener un enjambre de hijos.

Juana. (*Queriéndole hacer callar.*) Padre!

Gerónimo. No te gusta que hable de eso? Eh! estamos en familia, entre amigos. (*Señalando al escribano.*) El señor no se asombrará... sabe lo que son estas cosas... está acostumbrado á firmar todos los dias pasaportes y permisos para tener prole... Viva la broma!

Canuto. Prudencia, amigo Gerónimo... Ya sabe usted que deseo que la boda se efectúe con la mayor reserva.

Gerónimo. Reserva! Y para qué?... Yo deseo por el contrario que todo el mundo tenga noticia de nuestra alegría, del desprendimiento y noble proceder de usted.

Juana y *Emilio.* De su generosidad!

Canuto. Por eso mismo precisamente... Pareceria que yo trataba de hacer alarde de ello, y que me valia de ese medio para que me tributaran elogios por una cosa tan natural.. la felicidad de nuestros hijos.

Gerónimo. (*Dándole una palmada en el hombro.*) Bien dicho y mejor pensado: me coseré los labios (*Dándole la mano.*) Venga esa mano, señor don Canuto; es usted un hombre honrado, y un buen padre... yo tambien, y por eso de hoy en adelante puede usted contar conmigo. Pero vamos á esto! No habria medio de?... (*Hace seña de beber.*) Mientras el señor esté ahí emborronando papel... una copita de cualquier cosa, á la salud de los chicos?

Emilio. Voy á servir á usted yo mismo. (*Corre á abrir un armario, y coloca sobre la mesa de la izquierda un copero.*)

Juanita. (*Bajo á Gerónimo.*) Padre mio, por Dios!

Gerónimo. No tengas cuidado; dias como este deben celebrarse, y espero que el buen don Canuto me acompañará tambien. (*A Emilio.*) Echa, hijo, echa hasta que se derrame... yo te lo pagaré el dia de la boda. Qué es esto? Perfecto amor ó marrasquino?

Canuto. Un rom que tiene mas de cien años.

Gerónimo. Mas viejo es que nosotros... (*Bebiendo.*) A que lleguemos á esa edad!... (*A don Canuto.*) Fuertecillo es!... No podremos decir otro tanto cuando tengamos sus años. (*A Emilio.*) Otra copita!... (*Al escribano.*) Vamos á ver si se acaba eso, hombre... Es particular cómo le conforta á uno y le alegra... sobre todo cuando se ha perdido la costumbre... La alegría y esto son dos cosas que no habia probado hacia tiempo... (*Juanita quita la botella de la mesa.*) Pero pronto renovaremos conocimiento... (*Va á echarse otra copa y no encuentra la botella.*) Eh?... Quién ha eliminado la botella?

Juanita. Yo, por razones que me sé...

Gerónimo. Tienes razon, ya iba á perder la cabeza... afortunadamente Juanita está siempre en todo... Una

muger asi es un tesoro para su marido!... (*A Juanita.*) He de buscarte otro que no le ceda en nada á este. (*Señalando al escribano.*) Y llamaremos tambien al señor, aunque no brilla por lo listo.

Canuto. Yo lo creo; es imposible entenderse aqui. (*A Emilio.*) Cierra esos balcones... no sé qué pasa en la calle, que hay un ruido infernal.

Emilio. Es la fila de carruages que está detenida enfrente, en casa del duque de Bellaflor.

Juanita. (*Conmovida.*) De Ricardo?

Emilio. Que se casa hoy á las doce.

Juanita. (*Mirando al reloj.*) Aun no son mas que las diez!

Emilio. No se cabe en la casa de gente... Yo le he visto esta mañana á las nueve cuando le fui á llevar los aderezos que esperaba...

Juanita. Y estaba muy contento?

Emilio. Asi será probablemente... pero lo que es las trazas... tenia una cara tan pálida!

Juanita. (*Con viveza.*) Está malo?

Emilio. No; mas bien me pareció triste y pensativo... Cuando le presenté los aderezos, se inmutó de repente y exhaló un suspiro.

Juanita. (*Aparte.*) No esperaba menos de él!

Juana. Es posible!

Emilio. Pero no es eso solo: no sé qué efecto hizo en él la vista de los brillantes, que al contemplarlos dejó caer sobre ellos una lágrima.

Juanita. (*Aparte.*) Gracias, Ricardo, gracias; los brillantes serán para ella; pero esa lágrima es para mí!

Emilio. (*A quien don Canuto presenta la pluma.*) Soy yo el que debe firmar ahora? (*Se acerca á la mesa y continúa hablando.*) A este tiempo entró en la sala en que estábamos una de nuestras mejores parroquianas, la señora marquesa de Monte-verde.

Canuto. (*De pronto.*) Y qué?

Emilio. Muy entonada y compuesta.—Sea enhorabuena, sobrino, le dijo. Ahora que ya no me queda duda de que has renunciado á tus estravagantes ideas sobre el amor, y que has accedido á los deseos de la familia, vengo á echarte mi bendicion, y á decirte que apruebo que los muchachos se casen... (*Firmando y pre-*

sentando la pluma á su padre, sin dejar de hablar.) Oyendo lo cual, me acerqué yo entonces y la dí parte de mi casamiento.

Canuto. (*Que tenia la pluma y que iba á firmar, acercándosele precipitadamente.*) Cómo! La has dicho?...

Emilio. Que me iba á casar con la hija del señor. (*Señalando á Gerónimo.*)

Canuto. Qué es lo que escucho!... Pues no te tenia yo encargado el mayor sigilo?

Emilio. Si, pero no creí que debia comprender en esa orden á una señora como la marquesa.

Canuto. (*En voz baja.*) A esa mas que á ninguna... Y qué te contestó?

Emilio. Nada... mandó á un criado bruscamente que acercase en el acto su carruage, y salió de alli sin despedirse de su sobrino, que no lo echó de ver siquiera.

Canuto. Habrá tonto igual!... Sabe Dios lo que ahora resultará de ahí!

Gerónimo. (*Alzando la pluma.*) Vamos! Firme usted.

ESCENA III.

DICHOS. UN CRIADO, *que entrega una carta á don Canuto.*

Criado. Señor, acaban de traer esta carta para usted.

Canuto. Qué te decia yo?... La letra de la señora marquesa... (*Sacando un papel que está dentro de la carta.*) Veamos... Ah! dentro viene un papel... para usted, Gerónimo.

Gerónimo. Para mi? (*A Juanita.*) Toma, Juanita, toma, descíframe eso si puedes.

Canuto. (*Leyendo.*) «Las palabras sueltas que usted me ha oido, debian haberle enterado de que el origen de la jóven que usted piensa casar con su hijo es cuando menos... dudoso.»

Todos. Cielos!

Emilio. Qué significa esto?

Canuto. (*Con indignacion.*) Hablillas despreciables y absurdas!... Y aun suponiendo que fuesen ciertas, qué tenemos con eso? Que Juana es de origen incierto.

Juana. Qué dice usted?

Canuto. Ignorado... Mas claro, ilegítimo! Qué me importa eso á mí? Vayan al diablo las preocupaciones!... que sea quien quiera... Todos somos iguales... la igualdad ante todo... Los muchachos se aman, eso me basta... no escucho nada, no veo nada mas... Casémoslos por el pronto, que despues tendremos lugar de enterarnos... Firmen ustedes...

Juana. (*Arrojándose en sus brazos*.) Ah! escelente hombre!

Emilio. Ah! mi buen padre!

Gerónimo. (*Yendo á él y tomándole la mano*.) Señor don Canuto, el proceder de usted es sumamente noble y generoso, y le honra mucho; pero no tenga usted cuidado: Juana es hija mia; mi hija verdadera y legítima!

Juana y *Emilio*. Qué felicidad!

Canuto. (*Aterrado*.) Cielos!

Gerónimo. Y desafío á que nadie en el mundo me pruebe que no es mia.

Canuto. (*Ap*.) Todo se ha perdido. (*Alto*.) No firme usted!

Todos. Por qué?

Canuto. (*Apurado*.) Por qué?...

Juanita. (*Señalando al papel que acaba de leer*.) Porque este papel es un oficio sobre una reclamacion que ha hecho la marquesa para estorbar la boda.

Gerónimo. (*De pronto*.) Trae, trae... «En virtud de las razones espuestas por la señora marquesa de Monteverde, de las cuales resulta, que el platero Gerónimo Gomez no puede probar que es padre de la jóven para cuya boda ha dado el consentimiento; de orden de la autoridad competente, y bajo las penas que marcan las leyes, se prohibe al citado Gomez disponer de la mano de ninguna de las dos jóvenes que pasan por hijas suyas, hasta tanto que haya probado en debida forma cuál de ellas es realmente la suya.» — Qué es lo que he leido?

Canuto. Hola! hola! esto es serio.

Gerónimo. Prohibirme que case á mis dos hijas!

Canuto. Antes que usted haya escogido y reconocido á la que le pertenece... la cosa es clara!

Gerónimo. Eh! no tal, no lo es!... si yo mismo no lo sé.

Canuto. Entonces no puede usted figurar como padre.

Gerónimo. Es decir que porque tengo dos hijas... no

tengo ninguna... Quite usted allá, eso es absurdo!

Canuto. Asi lo manda la ley... quiero decir, al contrario... Usted comprende... No, me he embrollado... la ley no admite mas que un padre para cada hijo, ni mas ni menos!... es absurdo, como usted dice... pero qué se le ha de hacer! nosotros no somos los que lo hemos arreglado asi. Usted ha visto, amigo mio, que yo no reparaba ni en la clase, ni en las riquezas... yo soy por carácter superior á las preocupaciones... pero no superior á las leyes! Tengo por el contrario que someterme á ellas como ciudadano, y como diamantista... Desde este momento tomo mi partido...

Emilio. Pero padre mio...

Canuto. (*Aparte.*) Si es hija de un personage, no nos querrán á nosotros; si es hija del platero, yo no la quiero á ella... De todos modos es negocio perdido! (*Alto á su hijo.*) Vámonos!

Emilio. Adónde?

Canuto. A aclarar el hecho y á disculparnos con la marquesa de Monte-verde... Ya que tú pierdas la novia, no quiero yo perder una parroquia tan buena como la suya... Voy á escribirla cuatro letras, y se las llevarás al instante. (*Gerónimo se habrá dejado caer en un sillon durante este diálogo, y permanece absorto en sus reflexiones con el papel en la mano; sus dos hijas estan de pié á su lado. Reparando que don Canuto se va á marchar, se dirige á él.*)

Gerónimo. Pero dónde va usted?... repare usted...

Canuto. Yo soy asi, amigo mio; clarito como el agua... Ni digo que sí, ni digo que no... Decida usted cuál de las dos es su hija... sino, no hay boda posible... ni para la una... ni para la otra... (*A Emilio.*) Ven, Emilio, sígueme. (*Se le lleva.*)

ESCENA IV.

JUANA. GERÓNIMO. JUANITA.

Juana y *Juanita.* Qué significa esto, padre mio?

Gerónimo. Significa... que las dos sois mis hijas! y, que suceda lo que quiera, siempre os miraré como tales... Otra cosa me seria imposible.

Juana y *Juanita.* Y á nosotras tambien.

Gerónimo. Ya lo sé! pero de resultas de ciertos sucesos y circunstancias... largas de esplicar, quieren que renuncie á una de vosotras.

Juana. Y podria usted hacerlo?

Juanita. Tendria usted corazon para ello?...

Gerónimo. Es preciso... por vuestra propia felicidad... por vuestro porvenir... Asi pues... encargaos vosotras de ello, hijas mias... Decididlo vosotras mismas!

Juaná. Nosotras, padre!

Juanita. Hemos de decidir que no somos hijas de usted?

Gerónimo. Debo deciros... para vuestro consuelo, que la que me abandone...

Juana. (*Con fuerza.*) Deberia usted maldecirla!

Gerónimo. No... llegará á ser una señora poderosa, será noble, será rica... mientras que la otra...

Juanita. Ah! yo soy la otra!

Juana. Yo tambien!

Juanita. Lo somos las dos!

Gerónimo. Bien! muy bien! Sois unas buenas hijas... que me colmais de alegría... pero que me poneis en un grave apuro... porque no se trata de amilanarse y de llorar... Es preciso valor; lo oyes, Juana?... (*Mirando á Juanita, que se vuelve tambien para enjugarse las lágrimas.*) Lo oyes tú tambien, Juanita mia, tú, que sueles tener determinacion por todos nosotros? (*Con fuerza.*) Te repito que es preciso elegir... (*Con rabia.*) Es preciso!

Juanita. Bien está, padre mio; no nos regañe usted!

Juana. Sería la primera vez.

Juanita. Mi hermana y yo estamos resignadas... No es verdad, hermana?

Juana. Sí, lo juro.

Juanita. (*Con entereza.*) Elija usted, pues... decídalo usted mismo...

Gerónimo. (*Asustado.*) Yo!...

Juana. Obedeceremos sin quejarnos... sin murmurar.

Juanita. (*Enjugándose las lágrimas sin que lo vean.*) Sí... obedeceremos!

Gerónimo. (*Se coloca entre las dos con tristeza, y dice levantando los ojos al cielo:*) Tú que sabes la verdad... pobre *Juana*... envíame desde el cielo alguna buena

inspiracion!... Dime desde ahí... por un solo latido del corazon... cuál es nuestra sangre... cuál es nuestra verdadera hija... Tú no querrás engañarme... no es verdad? A tí... á tí sola daré crédito. (*Mira atentamente á sus dos hijas, fijando á su vez á la una y á la otra.*) Ah! siento el mismo placer al mirarlas!... leo en sus ojos la misma ternura. (*Abraza y estrecha contra su corazon á Juana, y en seguida hace lo mismo con Juanita.*) El corazon me late con igual fuerza!... Ah! el cielo ha decidido! las dos son mias!

Las dos. Sí, sí... las dos.

Juana. Quedémonos siempre juntos.

Juanita. No nos separaremos nunca.

Gerónimo. Pero y las riquezas que os esperaban tal vez?...

Juana. Renunciamos á todo.

Juanita. Sabremos pasarnos sin ellas.

Gerónimo. Ah! bien sabia yo que me habian de preferir al dinero!... Es decir, hijas mias, que creeis, que en queriéndose bien se puede soportar la vida en una guardilla, sin ricos trages y sin joyas.

Las dos. Sí, padre mio.

Gerónimo. Pero, y los novios, los partidos que siendo ricas se os hubieran presentado?...

Juana. Si no se casaban con nosotras mas que por eso...

Juanita. La pérdida no sería grande!

Juana. Aguardarán si quieren... el tiempo dirá.

Gerónimo. (*Recobrando su alegría.*) Eso es... Dios dirá.

Juanita. (*Con alborozo.*) Lo que es por mí... ya está visto!... no se me da cuidado, porque no he de casarme nunca... Hace dias que he tomado ese partido.

Gerónimo. De veras?

Juanita. Me quedaré para cuidarle á usted... Viviré siempre á su lado.

Gerónimo. Eso es... haremos vida de solteros.

Juanita. Yo llevaré el peso de la casa... y espero que nunca ha de faltarnos...

Gerónimo. Trabajo y pesetas.

Juana. Alegría y salud!

Juanita. Y reiremos como unos locos.

Gerónimo. Y beberemos una chispita mas el dia de tus dias.

Juana. Y nos querremos siempre mucho.
Gerónimo. (*Trayéndolas contra su corazon.*) Mucho, sí, mucho. (*Fuera de sí de alegría.*) Ay! temo que el alborozo me va á volver el juicio.

ESCENA V.

DICHOS. EMILIO.

Emilio. Está de Dios que siempre he de llegar sofocado y jadeando.
Juana. De dónde viene usted?
Emilio. De casa de la marquesa, adonde mi padre me ha obligado á ir para llevar una carta suya disculpándose.
Gerónimo. Y qué ha habido?
Emilio. La marquesa asi que recibió la carta me envió á decir con un lacayo que tuviese la bondad de aguardar la contestacion... Entré en una especie de gabinete contiguo á la sala, en la cual, segun pude entender, estaba la marquesa con dos abogados, que de tiempo en tiempo alzaban la voz, y... ya se ve... yo no sé si hice mal en escuchar...
Juanita. No por cierto; usted lo hacia por favorecer á sus amigos...
Emilio. Cabalito; eso es lo mismo que yo pensé... Por lo tanto, me cosí contra la puerta, y oí á uno de ellos que decia: «Sí, yo respondo del pleito... es pleito que le arruinaria si fuese rico... y él no tiene nada... la ventaja es nuestra. — Una vez que no hay otro medio, pongámosle pleito, replicó la marquesa; pero siento mucho tener que recurrir á ese medio... — Aguarden ustedes! aguarden ustedes! esclamó otra voz.» Y siguió una gran pausa, durante la cual no oí mas que un ruido como de quien hojea papeles ó pergaminos... en seguida la misma persona dió un grito... un grito como de alegria, y añadió: «Que quiera ó que no quiera... ahora sí que está en nuestro poder... no tiene escape.»
Gerónimo. Qué podrá ser?
Emilio. «A menos, esclamó la marquesa, que no se la

lleve, que no la oculte... entonces todo estaba perdido.»

Gerónimo. No echaré yo la idea en saco roto!

Emilio. «Ba! contestaron los letrados; él no puede sospechar el golpe que le amenaza... Y aun cuando eso fuese, nosotros tenemos bastante poder y valimiento para estorbárselo... para prenderle, si fuese preciso!»

Juana. Para prenderle!

Juanita. Prender á mi padre!... Ya baja!... Que vengan! que vengan si quieren ver!...

Gerónimo. Bien, hija mia... bien, Juanita... Esta muchacha habia nacido para hombre.

Emilio. Esto es todo lo que he oido... y sin aguardar la respuesta de la carta, he venido á decírselo á ustedes corriendo.

Juana. Gracias, Emilio, gracias... Y cuál es la opinion de usted?

Emilio. Mi opinion es que es preciso tener serenidad y valor. —Es preciso huir!

Juanita. Quite usted allá!

Emilio. Son enemigos poderosos, tienen dinero, favor, amigos... ustedes no tienen... mas que á mí, que no puedo nada... como no sea amarla á usted, Juana... y si empiezan por separarnos á todos... Sé lo que me va usted á decir, que tarde ó temprano acabará usted por justificarse!... Pero qué será entre tanto de sus hijas?... quién las protegerá?

Gerónimo. Tiene razon!... No me separo de ellas.

Emilio. Tambien desde lejos puede uno defenderse... Márchese usted con ellas.

Gerónimo. Y si hallan medios de oponerse á nuestra marcha?... Dónde encontraremos apoyo y proteccion?... A quién nos dirigiremos!

Juanita. (*Con energía.*) Yo sé á quién.

Gerónimo. Tú, Juanita?

Juanita. Sí, padre mio... y en el acto. Respondo de todo. (*Se sienta á la mesa, y escribe.*)

Gerónimo. A quién diablos escribe?... (*Leyendo por cima del hombro.*) «Señor duque...» Tú te tratas con duques, Juanita?

Juanita. Sí señor.

Gerónimo. (*Idem.*) «Señor duque... Muy señor mio, y mi mejor amigo.» (*Con asombro.*) Tu mejor amigo?

Juanita. (*Enjugándose una lágrima.*) Sí... padre mio.

Gerónimo. (*Leyendo.*) «Ruego á usted... que, sin perder instante, se tome la molestia, asi que reciba esta carta, de venir á robarme...» (*Enojado.*) Eh?

Juanita. (*Acabando de escribir.*) «Con mi padre y mi hermana...»

Gerónimo. Eso ya varía de especie.

Juanita. (*Escribiendo aun.*) «El portador dirá á usted las razones.»

Gerónimo. El portador?

Juanita. Será usted mismo... «Al señor duque de Bellaflor, en propia mano...» Corra usted... Vive á dos pasos... Aun no habrá salido para la iglesia, porque no se casa hasta las doce.

Gerónimo. Y quieres que él mismo... venga á robarnos!

Juanita. No... pero que nos facilite los medios de marcharnos... Eso es lo que he querido decirle... Usted se lo esplicará... Pero no hay que perder tiempo, corra usted.

Gerónimo. Y si en un dia como este se niega á oirme?

Juanita. Dígale usted que va de parte de Juanita.

Gerónimo. Y ese brillante novio... ese caballero... ese duque?...

Juanita. Le recibirá á usted al momento.

Gerónimo. Cuenta con eso.

Juanita. Estoy segura de ello.

Gerónimo. (*Con desconfianza y severidad.*) Pero esa decidida proteccion?...

Juanita. Puede usted aceptarla, padre mio; no nos cuesta nada.

Gerónimo. De veras?

Juanita. Si yo la hubiese pagado, no la reclamaria con tanta confianza.

Gerónimo. Dices bien... eres una buena muchacha... Aguardadme, hijas mias... Antes de las doce estoy aqui. Cuide usted de ellas, Emilio.

Emilio. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Entren ustedes aqui... en el despacho de mi padre... No me separaré de ellas... se lo prometo á usted...

Gerónimo. (*A Emilio, que va á entrar en el cuarto de*

la izquierda.) Voy corriendo á casa de nuestro protector... Como él nos ayude, me llevo en seguida á mis hijas, y me burlo de la marquesa y de todo su influjo. (*Vase por la puerta del foro. Don Canuto habrá salido por la puerta de la derecha, y oye las últimas palabras.*)

ESCENA VI.

DON CANUTO, *viendo marcharse á Gerónimo.*

Eh? que se burla de la marquesa ha dicho?... ese hombre hará alguna que le cueste cara... Allá se las haya... con tal que por su causa no pierda yo mis parroquianos... (*Reparando en la marquesa.*) Qué veo?... la señora marquesa se ha tomado la molestia de venir á verme?...

ESCENA VII.

DON CANUTO. LA MARQUESA DE MONTE-VERDE.

Marquesa. He recibido una carta de usted, y esa es la causa de mi venida.

Canuto. No he podido adelantar un paso desde que escribí á usted, señora. El tal Gerónimo se hace el sordo, y no quiere ceder.

Marquesa. Allá veremos. Ahora estoy tranquila porque no tiene otro remedio; y en prueba de ello vengo directamente á buscar á mi nieta, á la cual quiero presentar en casa del duque de Bellaflor, donde se hallan reunidos todos nuestros parientes, con el nombre y trage que la corresponden... Mis doncellas estan ahi fuera esperando.

Canuto. Ha hallado usted algunas otras pruebas?

Marquesa. Sí, una carta de pocos renglones, que estaba confundida entre los papeles del general, y que hemos hallado hoy; está escrita de puño y letra de su muger en 18 , cuando se hallaba él desterrado en Valencia.

Canuto. Y esa carta declara cuál de las dos jóvenes es la hija del general?

Marquesa. No! pero nos proporciona al menos un modo

de descubrirlo! —Dónde está Gerónimo?... Usted me ha escrito que se hallaba aqui...

Canuto. Sí señora; pero ya no está!... Y aun, segun he oido al entrar gracias á no sé qué protectores con que cuenta, piensa fugarse con sus dos hijas!

Marquesa. (*Con temor.*) Ah! entonces todo estaba perdido... si logra llevárselas... si las oculta á mis ojos...

Canuto. Ellas estan todavía aqui... en mi despacho.

Marquesa. (*Bajo y muy de prisa.*) Corra usted á casa de mi sobrino el duque de Bellaflor... dígale usted que un asunto de la mayor importancia me impide asistir á su boda! Pero que no se detengan por mí... Se lo ruego encarecidamente.

Canuto. (*Inclinándose.*) Está bien, señora. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

JUANA. LA MARQUESA.

Juana. (*Dentro.*) Sí, Juanita mia... sí, querida hermana... Voy á ver. (*Bajando al proscenio.*) Ah! es la señora marquesa.

Marquesa. (*Yendo á ella con bondad.*) No tema usted, hija mia... yo no quiero sino el bien de usted.

Juana. (*Con tristeza y bajando la cabeza.*) Oh! eso ya es imposible... se presentan demasiados obstáculos!

Marquesa. Cuáles?

Juana. (*Con timidez.*) Cuáles?... Las riquezas en primer lugar.

Marquesa. (*Con alegría.*) No es mas que eso?... (*Con tono afectuoso.*) Hábleme usted con entera confianza... como á una madre... Es ese el único anhelo que encierra el corazon de usted?

Juana. (*Bajando los ojos.*) No señora; amo á un jóven...

Marquesa. (*Con pesar.*) Ah!

Juana. A un jóven... que es mas que yo!

Marquesa. (*Con viveza.*) Bien, bien... eso puede tener remedio, hija mia!

Juana. Es al hijo de una persona que usted conoce... de su diamantista.

Marquesa. (*Aparte con pesar.*) Fatal inclinacion!... (*Al-*

to.) Y cree usted que los consejos de la razon ó de la amistad logren desterrar algun dia de su corazon ese cariño?

Juana. (*Con viveza.*) No señora; antes quisiera morirme que renunciar á él!

Marquesa. (*Aparte.*) Como su madre!... No estaba bastante castigada, y Dios quiere sin duda humillar mas mi orgullo... Pero aun cuando me cueste la vida no quiero nuevos remordimientos... reconoceré á mi nieta. (*A Juana, entregándola una carta.*) Tome usted, esta carta fue escrita por mi hija á su marido, que era un militar... un general... Lea usted!...

Juana. (*Leyendo con interes.*) Albacete 15 de junio de 1823. «Querido esposo mio.—Deseabas tener un hijo para dedicarle á la carrera de las armas, en la que como tú diese dias de gloria á su patria, que tanta necesidad tiene ahora de buenos defensores... El cielo no ha accedido á tus deseos, acabo de dar á luz una niña...» (*Juana se detiene y mira á la marquesa.*)

Marquesa. Siga usted.

Juana. (*Continuando.*) «Pero los trabajos y disgustos de nuestro destierro, el distintivo que habeis adoptado los buenos españoles para daros á conocer unos de otros durante la invasion francesa, han hecho sin duda una viva impresion en mí, porque tu hija ha sacado, te lo prevengo, una violeta cerca del corazon.» (*Interrumpiendo la lectura.*) Dios mio! (*Vuelve á leer la carta en voz baja y con la mayor agitacion.*)

Marquesa. (*Examinándola.*) Esa sorpresa... esa agitacion... con que es cierto?... conoce usted?...

Juana. (*Leyendo siempre.*) Sí... verdad es!

Marquesa. Es ella?...

Juana. Sí... ella es... es Juanita!... es mi hermana... (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Mi hermana!...

Marquesa. (*Precipitándose al cuarto de la izquierda.*) Su hermana!

ESCENA IX.

JUANA.

Ah! qué es lo que he hecho? Y mi padre, que va á venir

á buscar á sus dos hijas... Pobre padre!... el pesar le quitará la vida. (*Oyense dar las doce.*)

ESCENA X.

JUANITA, *que sale por la puerta de la izquierda seguida de la* MARQUESA. EMILIO. JUANA.

Juanita. (*Saliendo precipitadamente.*) Las doce! son las doce! (*Con desconsuelo.*) Ya estará casado! (*Arrojándose en los brazos de su hermana.*) Todo se acabó para mí en el mundo!
Marquesa. (*Acercándose á ella.*) Hija mia!
Juanita. Gracias, señora, gracias por los bienes que usted me ofrece, y de que no soy digna.
Marquesa. Qué es lo que usted dice?
Juanita. Que Juanita no figuraria bien en salones alfombrados, y... haria sonrojar á los ilustres ascendientes de la marquesa de Monte-verde.
Marquesa. Son los tuyos!
Juanita. Razon mas para no rebajarlos; tanto ellos como usted son acreedores á mi respeto y gratitud; pero soy hija del pueblo en el fondo del alma; me he criado al lado de un menestral, y la familia en que conocí el amor de padre y hermana será siempre mi familia. (*Estrecha á Juana contra su corazon.*)
Juana. Bien... bien... Juanita mia; te quedas con nosotros.
Marquesa. Se niega!

ESCENA XI.

DICHOS. DON CANUTO, *que viene por la puerta del foro.*

Canuto. Ah! Señora marquesa... qué escándalo!... Su sobrino de usted... El duque de Bellaflor...
Juanita. Ricardo!
Marquesa. Qué hay? Se efectuó la boda?
Canuto. No quiere ya ni oir hablar de ella...
Juanita. (*Con suma viveza.*) Acepto, señora marquesa, acepto.
Juana. Cielos, qué dices?...

Marquesa. Es posible!... (*A don Canuto.*) Señor don Canuto, mande usted acercar mi coche corriendo...
Canuto. En el acto, señora marquesa. (*Vase.*)
Marquesa. (*A Juanita.*) Vamos...
Juanita. Con una condicion...
Emilio. (*Mirando por la ventana.*) Aqui está ya el señor Gerónimo.
Juanita. (*Queriendo dirigirse hácia donde él viene.*) Mi padre!
Marquesa. (*Tirando de ella.*) Vamos... vamos, corriendo! (*Vanse.*)

ESCENA XII.

EMILIO. JUANA.

Juana. Mi padre!... mi pobre padre!... Cómo decírselo... cómo noticiarle que le han quitado su hija!
Emilio. Ah! es verdad.
Juana. Silencio! ya está aqui!...

ESCENA XIII.

JUANA. GERÓNIMO. EMILIO.

Gerónimo. (*Que viene cantando.*) Ta ra ra ra ra... Pues señor, asi me gustan á mí los grandes... qué atento y qué llano!... y es todo un buen mozo! No tengais ya miedo, hijas mias. Por qué me recibis asi con esa cara tan triste?... No veis qué alegre estoy, qué contento vengo!... Juanita tenia razon: en cuanto pronuncié su nombre se abrieron de par en par para mí todas las puertas; me hicieron entrar en un gabinete cubierto por todas partes de seda y oro, y alli encontré al señor duque, vestido ya para ir á la boda. — Es Juanita la persona que le envia á usted? — Me dijo. — Si señor, le contesté, soy su padre... Entonces me tendió la mano, vino hácia mí... sin mas ceremonias... y me la apretó cordialmente!... Visto lo cual, le entregué la carta de Juanita, esplicándole el asunto de que se trataba. — Se trata de defender á ustedes... de protegerlos, esclamó. — Desde este momento. Cuenten ustedes conmigo... y en prueba de ello, ya

no nos separamos... vámonos juntos. — Pero y la boda? le contesté; usted no está ahora libre. — Tienes razon, añadió: aguárdame aqui. Salió, y al cabo de algunos minutos volvió á entrar en el gabinete con la sonrisa en los labios, y el rostro mas alegre que antes. — Asunto concluido, esclamó, ya no me caso! Echemos á andar! Vamos en busca de Juanita y su hermana. Salimos en efecto, y aqui nos tienes... Todo está pronto... el duque nos está aguardando abajo en su coche!

Juana. Nos está aguardando?

Emilio. El mismo!

Gerónimo. En persona... Es preciso que nos despachemos, porque no es cosa de que nos haga antesala en su coche... al cabo es un duque, y no estará acostumbrado á esperar... Avisa á tu hermana... (*A Emilio.*) Ahora ya me río de la marquesa, y la desafio á que venga á quitarme mis hijas... Son mias las dos... y me las llevo... me llevo mi tesoro... (*Volviéndose hácia Juana.*) Qué es eso? Y Juanita? no has ido á avisarla?

Juana. Sí, padre mio... pero es que...

Gerónimo. Vamos á ver... qué?... qué diablos teneis las dos?

Emilio. Nada, señor Gerónimo... es que...

Gerónimo. Es que... es que... Eh! dejadme en paz; yo mismo iré á buscarla... (*Lanzándose hácia la puerta de la izquierda.*)

Juana. No, padre mio, no vaya usted.

Gerónimo. Y por qué razon? Yo quiero ver á Juanita... quiero ver á mi hija!

Juana. Padre mio!

Gerónimo. Pronto!... dónde está mi hija?

Juana. Ya no tiene usted mas que una.

Gerónimo. Y la otra... la otra?

Emilio. Es de la marquesa.

Gerónimo. Quién ha dicho eso?

Juana. Yo! (*Dándole la carta.*) Tenga usted!

Gerónimo. (*Recorriendo la carta.*) Cielos!... Juanita!... Juanita, mi hija querida! el único encanto de mi vida!... No, no! perdóname tú... no es verdad lo que digo... pero ya ves, aquella que uno pierde... (*Sollo-*

zando.) Juanita!... mi pobre Juanita!... tan buena muchacha, tan alegre!... ella, que me hacia olvidar todas mis penas... que me hacia reir... y que me hace llorar ahora... la han transformado en una gran señora... me la han robado!... (*Dejándose caer en un sillon de la izquierda.*) Yo quiero volver á ver á mi hija!... Quiero que me la vuelvan... Dónde está? (*Abrese la puerta, y aparece Juanita, elegantemente vestida y seguida de la marquesa. Juanita se acerca á Gerónimo y se arroja á sus pies.*)

Juanita. Aqui la tiene usted.

Gerónimo. (*Dando un grito, y levantándola.*) Ah! (*Mirándola para reconocerla.*) Con ese rico trage... esas joyas, esos encages... Es usted... eres tú, Juanita?

Juanita. Siempre!... La señora marquesa ha tenido la bondad de aceptar las condiciones que la he puesto... escúchelas usted...

ESCENA XIV.

DICHOS. DON CANUTO.

Canuto. El coche de la señora marquesa está á la puerta, donde tambien hay otro esperando... el del duque de Bellaflor.

Emilio. Que debia llevarse á las dos hermanas.

Juanita. (*A un criado.*) Haga usted el obsequio de decir que aguarden. Hermana mia, la señora marquesa me ha rogado que te regale en su nombre catorce mil duros para que te cases con el que amas.

Juana y *Emilio.* Es posible... (*Volviendo á don Canuto.*) Consiente usted?

Canuto. Cuándo he dicho yo otra cosa?... Ella tiene catorce mil duros... tú vendrás á tener otro tanto... hay igualdad perfecta... qué es lo que yo deseaba?... la igualdad.

Gerónimo. (*Mirando á Juana, que está al lado de Emilio, y á Juanita, que está al lado de la marquesa.*) Eso es!... Se van á marchar... me dejan las dos... Y yo! (*Juana y Juanita se acercan á él y le cogen las manos.*)

Juanita. Usted, padre mio... no se separará de nosotros!

Juana. Viviremos juntos.
Juanita. Yo vendré á ver á usted todos los dias...
Gerónimo. Todos los dias... una vez...
Juanita. Y usted tambien...
Gerónimo. Serán dos!... no importa... no es lo mismo!
Juana y *Juanita.* (*Acariciándole.*) Padre!
Gerónimo. (*Limpiándose una lágrima.*) Ah! Soy un padre egoista... Pero tranquilizaos; ya me iré haciendo... Me acostumbraré á veros felices, y acabaré por perdonaros.
Canuto. (*A quien un criado se ha acercado á hablar al oido.*) El duque envia á decir que está esperando.
Juanita. Pobre Ricardo! (*Mirándose.*) Afortunadamente creo que no ha perdido nada por esperar.
Marquesa. (*Al criado.*) Ya vamos... (*A Juanita.*) Hija mia, marchemos!
Juanita. (*A Gerónimo.*) Hasta luego, querido padre!
Gerónimo. (*Que tiene cogida del brazo á Juana.*) Vaya usted con Dios, señora duquesa... (*Aparte, y suspirando mientras ella se marcha.*) Ah! creo que indudablemente era ella á la que yo... (*Mirando á Juana, que hace un gesto hácia él.*) No... no... os quiero á las dos lo mismo... á las dos... El cielo las haga felices!

Partid, mis hijas, partid!
Separarnos es preciso!
Pues que la suerte lo quiso,
vuestros destinos cumplid!
Felices al mundo id
de los placeres en pós;
mas recordad que á las dos
no mas tiene el pobre anciano,
y en medio á ese lujo vano...
ah! no me olvideis por Dios!

(*Juana, á la izquierda del teatro, da el brazo á su padre y á Emilio. Don Canuto está á la derecha. Juanita y la marquesa salen por el foro. Cuadro final.*)

FIN DE LA COMEDIA.